

## *Los Jansenistas y la Escuela*

MARTA PIERONI FRANCINI  
Universidad de Roma III

### RESUMEN

En este artículo se estudia la experiencia educativa llevada a cabo por los jansenistas a través de las «Escuelas elementales de Port-Royal», durante los años 1637-1660, que constituyó una forma alternativa a la instrucción masculina tradicional mediante una pedagogía y didáctica innovadoras, lo que les llevó al enfrentamiento primero con otras órdenes religiosas que también se dedicaban a la docencia (jesuítas) y después con las autoridades (en el marco de la polémica jansenista en Francia), que acabarían suprimiéndolas.

### ABSTRACT

This article studies the «Petites Ecoles de Port-Royal», directed by the «jansenistas» during 1637-1660, one novelty experience on education, pedagogic methods and didactic forms, and its problems with the others religious teachers (jesuits) and the civil power.

El caso de las «Petites écoles de Port-Royal»<sup>1</sup> —que constituye el argumento que trataré— se refiere a la experiencia de instrucción masculina ocurrida en Francia entre 1637 y 1660, un período histórico que se inscribe entre el nacimiento de Luis XIV y su ascenso al poder. Los jansenistas inspiraron también experiencias de educación femenina, y quizás la más importante —la llevada a cabo por las monjas de Port-Royal de París— recibió no poco de las Escuelas Elementales, pero aquí me ocuparé principalmente de éstas.

---

<sup>1</sup> Vid. Nota bibliográfica al final del artículo.

Una premisa es necesaria: las Escuelas elementales de Port-Royal des Champs no constituyeron un fenómeno aislado. El Seiscientos católico francés —que conoció del esfuerzo de Francisco de Sales, de Bérulle, de Juan Bautista de la Salle (citando sólo los más notables) y que presenció el extraordinario éxito de las escuelas de los jesuitas y de tantas otras órdenes religiosas antiguas y nuevas (de los oratorianos a los dominicos, de franciscanos a barnabitas hasta los hermanos de las escuelas cristianas)— registró uno de los momentos más importantes para la historia de la educación en Occidente. Esto sucedió bajo el impulso de la reforma católica. Saint-Cyran y los otros inspiradores de las Escuelas elementales de Port-Royal actuaron en este contexto.

Limitada a París y sus alrededores, la experiencia contó con un número restringido de profesores y de alumnos, y giró sólo alrededor del ambiente que dominaba al monasterio parisino de las monjas de Port-Royal y a su sede en el campo, la antigua abadía cisterciense de Port-Royal des Champs. A pesar de su brevedad temporal y de sus limitaciones, la experiencia adquirió una importancia particular por el esfuerzo pedagógico que supo expresar, al punto que muchas de las ideas que la caracterizaron y de las soluciones que propuso, fueron universalmente aceptadas y contribuyeron a fundar la pedagogía moderna; y muchas de las publicaciones que inspiró continúan, todavía hoy, siendo consideradas de gran interés para la historia social de la educación.

Alrededor de la mitad del siglo XIX, Sainte-Beuve, que dedicó algunos cursos universitarios a la historia de Port-Royal y de su jansenismo, destacó «el método visionario de aquella enseñanza y las características de las célebres obras que aún hoy sobreviven». Hace pocos años el historiador Philippe Sellier remarcó el hecho de cómo a mediados del siglo XVII, mientras bien cimentadas instituciones escolares instruían en Francia alrededor de sesenta mil alumnos (cifra muy alta para la época), las Escuelas elementales de Port-Royal trabajaron gracias al mérito de un puñado de educadores y en pocos años, lograron «un espectacular progreso pedagógico» del que se benefició un pequeño número de alumnos. Fenómeno que sorprende por la brevedad de la experiencia y «porque se trató de un grupo casi constantemente perseguido por las autoridades reales y repetidamente disueltos, antes de la definitiva supresión que puso la palabra fin después de apenas 23 años de actividad».

Un puñado de educadores, dice Sellier: 27 profesores en total. Un incierto pero pequeño número de alumnos: Sainte-Beuve habla de 40, datos más recientes hacen aparecer un número que no superó los 130.

Entre los profesores estaban el «gran Arnauld», considerado el más notable teólogo francés de su siglo, que tuvo contacto con Descartes, Spinoza y Leibnitz; Pierre Nicole, teólogo, filósofo, moralista; Maitre de Sacy, que dio a su país la más bella traducción de la Biblia, la que tuvo un éxito indiscutido durante al menos dos siglos; Pascal, matemático, físico, inventor, que elaboró justamente para estas escuelas un método revolucionario y anticipador para aprender a leer. Entre los alumnos podemos recordar al historiador Le Nain de

Tillemont, al economista Boisguibert, Etienne Perier, a quien se debe la publicación de los «Pensamientos» de Pascal, al gran Racine e incluso un ministro de Luis XIV.

Se podrían citar infinidad de nombres de entre quienes se dedicaron a la obra de las Escuelas elementales, como también gran cantidad de tratados y folletos de argumento pedagógico o didáctico. Entre ellos, una mención especial merecen las traducciones de numerosas obras clásicas. Stendhal, recordando su juventud, escribió: «a mis ojos, la perfección del francés se encuentra en las traducciones publicadas por los Solitarios de Port-Royal»<sup>2</sup>.

En los orígenes de las Escuelas elementales encontramos el ansia pastoral y la profunda vocación pedagógica del teólogo Jean Duvergier de Hauranne, abate de Saint Cyran, uno de los protagonistas de la fase de renacimiento religioso que interesó a la Francia del siglo xvii, hacia fines de un turbulento período que había visto los choques armados entre católicos y hugonotes, (este era el nombre con el que los franceses llamaban a los protestantes), no sólo por motivos religiosos<sup>3</sup>. Estudioso y partidario de la teología agustiniana, el abate de Saint Cyran fue elegido por la madre Angelique Arnauld como director espiritual del monasterio de las monjas de Port-Royal de París, que ella, uniformando su enseñanza, había reformado inspirando la vida de su comunidad al más riguroso agustinianismo. Sobre la teología de San Agustín estaba en curso un debate que dividía al mundo católico francés y que estaba por desembocar en una controversia de resultados también políticos. Tal controversia se habría arrastrado por largo tiempo e involucró directamente al monasterio de Port-Royal, como también a las Escuelas elementales.

Todo comenzó, se podría decir, con la publicación (en 1588) del tratado «Accordo del libero arbitrio con i doni della grazia» del teólogo jesuita español Luis Molina. Según sus reflexiones a cada hombre el Creador, a pesar del pecado original, otorga el don de la gracia. Esta es siempre suficiente para cumplir el bien, y su eficacia depende de la libre adhesión del hombre. Dios predestina a la salvación eterna en base a la previsión de aquellas que serán las libres elecciones de cada uno. Era una relectura de la doctrina agustiniana sobre la predestinación a la que muchos estudiosos de San Agustín se opusieron de inmediato sosteniendo que, como consecuencia del pecado de Adán, la naturaleza humana está profundamente debilitada e inclinada como tal hacia el mal; el hombre puede sanarse, elegir el bien y salvarse en virtud de la predestinación divina hacia la salvación; si a todos es dada la gracia suficiente, aquella con el poder de hacer cumplir el bien por designio inescrutablemente divino solamente

<sup>2</sup> Stendhal (=Henri Beyle), *Mémoires d'un touriste* (1837): «À mes yeux la perfection du français se trouve dans les traductions publiées vers 1670 par les Solitaires de Port-Royal»; expresión citada por Sellier en la premissa a Delforge, *Les Petites Écoles*, p. 8 (cf. avanti, Nota bibliográfica).

<sup>3</sup> Véase Jean Orcibal, *Saint-Cyran et le jansénisme*, Le Seuil, París, 1961 (coll. «Maîtres spirituels»), y Bernard Chedozeau, *Saint-Cyran en Dictionnaire de spiritualité*, t. XIV (Beauchesne, París, 1990), 140-150.

es dada a los destinados a la vida eterna. Los jesuitas, defensores oficiales de las tesis del compañero español, replicaban que la de ellos era una lectura coherente con la doctrina sancionada por la Iglesia y que San Agustín la había enseñado antes de la encendida polémica contra el monje Pelagio.

La disputa entre teólogos molinistas y agustinianos desencadenó una embarrascada controversia cuando vio la luz (en 1640) el tratado *Augustinus* de Cornelio Jansen, que fue obispo de Ypres y que dedicó gran parte de su existencia al estudio de la teoría de San Agustín. Jansen había ideado su tratado junto con Saint-Cyran, con quien mantuvo una relación por más de 30 años, desde la época en que ambos estudiaban en la Sorbona<sup>4</sup>. Que los dos fueran agustinianos rigurosos, adversarios de los jesuitas y encendidos críticos de la política de Richelieu (que establecía alianzas con estados protestantes e incluso con los otomanos del imperio turco) era sabido desde hacía tiempo, lo que los puso en controversia con el poderoso cardenal, a su vez ligado a los jesuitas, quienes en Francia, en materia de política eclesiástica, eran sutilmente regalistas, alineados al amparo de las reivindicaciones del soberano, incluso en las confrontaciones con la Santa Sede.

A esto se agregaron complicaciones políticas: cuando el primer ministro Richelieu, en la última fase de la Guerra de los 30 años no dudó en situar a Francia al lado de los principados alemanes, es decir, favorecer la causa luterana contra la de los Hasburgo, orientada a restaurar la unidad católica, el obispo de Ypres y Saint-Cyran tomaron posiciones abiertamente contra él. Jansen escribió un panfleto para atacarlo y Saint-Cyran se declaró de acuerdo con él. En el temor de que esta toma de posiciones provocara una fractura al interior del mundo católico francés y dañara su política exterior en un momento tan delicado, Richelieu ordenó arrestar a Saint-Cyran y lo hizo encarcelar en Vincennes, una fortaleza en la periferia oriental de París. Esto sucedió en marzo de 1638, cuando Saint-Cyran tenía 56 años y pocos meses atrás había confiado a un joven y ferviente discípulo los primeros tres muchachos para ser instruidos y formados en Port-Royal des Champs. Así había nacido la Escuela elemental. Durante 5 años su fundador, desde el fondo de su celda en el torreón de la fortaleza, no pudo hacer llevar más que algunos consejos, pero sus amigos permanecieron fieles a la misión a la cual se habían comprometido.

En las intenciones de Saint-Cyran (al menos las iniciales), las Escuelas elementales debían ser una suerte de cenáculo: un seminario en el que los muchachos fueran educados e instruidos a resguardo de las tentaciones y distracciones del mundo para convertirlos en sacerdotes. A causa del retraso con el que la Iglesia de Francia estaba ejecutando las disposiciones del concilio de Trento eran pocos los seminarios y los sacerdotes verdaderamente preparados y actualizados. Saint-Cyran pensaba recoger niños de corta edad y hacerlos crecer preservando en ellos la inocencia bautismal.

<sup>4</sup> Jean Oreibal, *Jansénius d'Ypres (1585-1638)*, Études Augustiniennes, París, 1989.

Los presupuestos de los que él partía eran aquellos de la doctrina agustiniana que se fundaban sobre el principio de la caída. El bautismo lava al niño de la herencia de la culpa original que su alma trae consigo por cuanto desciende de Adán. Pero en el momento mismo en el cual él se pone la «vestidura cándida» del bautismo, comienza la lucha de la joven criatura entre la gracia apenas recibida y los efectos de ser hombre, es decir su naturaleza débil y corrupta presa fácil del mal. Y bien, en la visión del abate de Saint-Cyran la escuela debía estar destinada a prolongar en el tiempo el espíritu bautismal teniendo al niño y luego al adolescente a resguardo de las tentaciones y del espíritu del mundo. Para tal tarea el educador, afirma Saint-Cyran, tiene una responsabilidad terrible: debe tener las dotes del científico y del santo, además de ser capaz de una sumisión total ya que él debe dedicar toda su existencia a la misión a la que se ha volcado.

La escuela anhelada por Saint-Cyran no debía tener nada que hiciese pensar en un colegio donde los alumnos fuesen reunidos sin ninguna precaución y donde los jóvenes corrompidos pudiesen ser una mala influencia a los inocentes. El ideal, para el abate, era comenzar el trabajo lo antes posible, con niños de la más tierna edad, o por decirlo con sus palabras, *à la mamelle*. Y para impedir de todas formas que el mal acechase su gracia bautismal, él pedía al educador una vigilancia continua de día y de noche. A cada maestro debía ser asignado un grupo de 4 ó 6 alumnos: él debía vivir junto a ellos sin perderlos de vista, no limitándose a desmigajar para ellos el pan de la ciencia sino ayudándoles a crecer en el amor a Dios y formando su carácter.

En el siglo XVII el objetivo principal de cada escuela (y no sólo de ésta) era, junto con la enseñanza de la lectura y la escritura, entregar una verdadera formación cristiana. Si esto era verdad en línea general, lo era sobre todo para Port-Royal, que debía formar clérigos instruidos y capaces. Es necesario precisar de inmediato, que este sueño de Saint-Cyran quedó inconcluso. Sus escuelas entonces, no fueron solamente un laboratorio para dotar a la iglesia de Francia de un clero santo y culto —si bien fueron pocos los sacerdotes que salieron— pero fueron algo más, algo que llegó más allá del horizonte que su inspirador se había fijado.

Este éxito debe ser adscrito al mérito de los «maestros» a quienes los alumnos fueron confiados y sobre los cuales Saint-Cyran había indudablemente puesto gran atención cuando decidió implantar las escuelas en Port-Royal des Champs. En el momento en el cual la antigua abadía había sido elegida como sede de las Escuelas elementales, muchos edificios necesitaron restauración. Construida en los inicios del siglo XIII al fondo de un estrecho valle, en el corazón de un bosque, la abadía había sido abandonada desde hacía 10 años por la comunidad de hermanas que la madre Angélique había reformado. El traslado de la comunidad al monasterio que Port-Royal disponía en París, dejó deshabitado un complejo donde, a partir del 1637 se instalaron algunas personalidades que fueron conquistadas por la prédicas de Saint-Cyran y sobre todo por su rigor agustiniano.

Decididos a retirarse del mundo para dedicarse por entero a una vida de oración, de ayuno, de caridad y de trabajo, estos hombres vivían como monjes pero sin usar vestiduras monacales; no pronunciaban votos si bien los honraban, no se habían dado reglas ni vínculos a excepción del de la caridad. Como habría escrito el primero de ellos, Antoine le Maître, «vivían en comunidad sin ser comunidad» y no tenían «ningún interés ni individual ni colectivo fuera de ganarse el Paraíso.» Se trataba sin duda de personalidades excepcionales entre los cuales estaba bien representada la familia Arnauld; muchos de ellos habían renunciado a brillantes carreras, como el ya mencionado Maître, que fue abogado de renombre; eran en general «señores», y así se les llamaba además de «solitarios». Fueron ellos quienes asumieron la tarea de instruir a los alumnos de las Escuelas elementales, pero a ellos se acercaron algunos educadores que no eran ni asalariados ni profesionales (incluso no habían ido a la universidad ni tenían experiencias de enseñanza). Habían sido «enrolados» —sacerdotes y laicos— solamente por el hecho de haberse ofrecido para ejecutar una misión en nombre de la fe. Algunos se quedaron por mucho tiempo, para otros el ministerio fue un episodio más breve y para la mayoría de ellos la experiencia de las escuelas fue, al menos en un principio, una aventura juvenil. El más joven de ellos fue Pierre Nicole, que habría colaborado con Pascal para elaborar la decimosexta carta de las Provinciales, quien comenzó a trabajar en Port-Royal en 1646 a los 21 años. Al parecer la poca edad de los maestros no causó ningún problema. Junto a ellos permanecieron siempre los Solitarios, que continuaron su vida de retiro pero a menudo participaron de la actividad de la escuela poniendo a disposición de los alumnos su cultura y experiencia.

## EL AUGUSTINUS Y LOS JESUITAS

Esta «tebaida» respondió a las expectativas de Saint-Cyran, pero por el rígido agustinianismo que la inspiraba arrojó sobre estas escuelas sospechas y murmuraciones, y a menudo hasta verdaderas persecuciones. Después de la publicación del Augustinus, el tratado de Jansen, la polémica que oponía a los dos grupos se acentuó, distinguiéndose en particular los jesuitas, que solicitaron la condena del libro ante la Sorbona y después ante la Santa Sede. A esto se opusieron de inmediato vigorosamente los amigos de Saint-Cyran, los Solitarios de Port-Royal des Champs. La muerte de Richelieu llevó al poder al cardenal Mazzarino y favoreció la liberación de Saint-Cyran pero no trajo la paz entre los teólogos: cualquier pretexto alimentaba continuamente la controversia.

..... Todo esto, naturalmente, interesa a quien estudia el génesis de la polémica entre molinistas y jansenistas, pero nosotros no lo podemos obviar ya que significó la existencia de una imagen negativa que pesó sobre las Escuelas elementales. Especialmente después de la publicación de «La frequente comunione», texto que terminó por involucrar completamente a los «Solitarios».

Autor del libro era Antoine Arnauld, que antes de entregarlo a las imprentas había prudentemente obtenido la previa aprobación de 21 doctores de la Sorbona. El texto polemizaba con los jesuitas denunciando su «laxitud» referente a la confesión y a la eucaristía.

En realidad los jesuitas no tenían necesidad de incentivos para sentirse motivados contra los Solitarios, a quienes consideraban sus más peligrosos adversarios y a los cuales no dejaban de denunciar por ser un peligro para el Estado. Desde su punto de vista, aquel grupo de Señores que vivían como monjes sin tener un estructura institucional que los sometiera a la autoridad eclesiástica era potencialmente peligroso. La Compañía había nacido justamente para defender la autoridad del papado de Roma y se consideraba la centinela de la integridad de la doctrina contra la herejía, por ello no podía más que ver con desconfianza a quien se adjudicaba el derecho de refutar delicados asuntos teológicos y que osaba acusar la moral predicada por los jesuitas, regresando al rigor del cristianismo de los orígenes, a la medida de un peligroso jansenismo. Estos rígidos individualistas, además pretendían poner demasiadas cosas en discusión y recordaban ciertas ostentaciones de los partidarios de la Fronda. Este juicio negativo acabó pronto por implicar a las escuelas ¿se podía confiar en la enseñanza inspirada o impartida por profesores con ideas a menudo sospechosas y definitivamente peligrosas?

Un día Racine escribió que probablemente la razón que motivó la desconfianza y recelo sobre las escuelas era la «excelente educación que impartía a la juventud». Naturalmente Racine no puede ser tomado como testimonio objetivo, ni siquiera él consideró como cierta la actitud hostil de los jesuitas, inspirada principalmente por motivos competitivos (la mayoría de las escuelas estaba de hecho dirigida por la Compañía) e inmediatamente después aludió a las motivaciones religiosas y escribió:» No hubo nunca un asilo en el cual la inocencia y la pureza fueran mejor protegidas del aire contaminado del siglo, ni escuelas en las cuales las verdades del cristianismo fueran más seriamente enseñadas»<sup>5</sup>. Queda el hecho de que la enseñanza de la religión en Port-Royal des Champs permaneció a cargo del más fiel discípulo del abate de Saint-Cyran, Antoine Singlin, quien adoptó como libro de texto la *Theologie familière* del mismo Saint-Cyran (si bien el «catecismo» fue publicado durante su cautiverio, sin que él hubiese podido, al parecer, siquiera volver a verlo) ¿Qué debían pensar los jesuitas de una escuela en la que la materia principal —la religión— estaba inspirada en las ideas arriesgadas del amigo y socio de Jansen e impartidas por el discípulo de más confianza de Saint-Cyran? ¿Cómo no sospechar que en Port-Royal des

<sup>5</sup> Jean Racine, *Abrégé de l'histoire de Port-Royal d'après un manuscrit préparé pour l'impression par Jean-Baptiste Racine* (ed. A. Gazier), Boivin, París, 1908), p. 38: «Il n'y eut jamais d'asile où l'innocence et la pureté fussent plus à couvert de l'air contagieux du siècle, ni d'école où les vérités du christianisme fussent plus solidement enseignées»; y en la edición italiana a cargo de Mario Escobar, *Port Royal*, Einaudi, Torino, 1977, p. 60.

Champs no estuviese activa una verdadera escuela jansenista? Fue justamente en esa época (a mediados de los años cuarenta del siglo xvii que se comenzó a designar a los rigurosos agustinianos como «jansenianos» y al fin como jansenistas).

La desconfianza de la Compañía de Jesús era pagada con la misma moneda: cuando en 1643 Saint-Cyran, liberado hacía pocos meses, pero con una enfermedad contraída en su celda, fue afectado por una apoplejía, no faltó quien levantara sospechas acerca de las causas de su muerte y no fueron pocas las insinuaciones que culparon a los jesuitas.

## APRENDER A LEER EN FRANCÉS

En el momento de la desaparición del abate de Saint-Cyran la experiencia de las escuelas estaba en sus inicios, pero los Solitarios decidieron continuarla, sobre todo a partir de ese momento en que comenzaron los años más exaltados y más tormentosos. Antes de detenerse sobre su efectiva actividad es necesario hacer un breve inciso. La edición de 1772 del *Dictionnaire de l'Académie française* explica que «se llaman Escuelas elementales a las que enseñan a leer y a escribir en las que se enseña gramática y a las que se alude cuando se habla de “maestros de escuela”»<sup>6</sup>. Con este término, incluso, se designaba a las escuelas de enseñanza primaria («leer, escribir y hacer cálculos») enriquecida por el catecismo. Si bien Saint-Cyran aconsejaba comenzar la educación de los niños a cortísima edad, el hecho es que la instrucción prosiguiera y comprendiera materias adecuadas para adolescentes y también para jóvenes con un poco más de edad, da a entender que las de Port-Royal des Champs no fueron sólo «Petites écoles». Según un historiador, Saint-Cyran prefería llamarlas así por humildad. Sus adversarios comprendieron de inmediato que se trataba de algo distinto. Por otro lado, si bien se trataba de una institución con un exiguo número de maestros, con pocos alumnos y relegados a lo que quedaba de una antigua abadía, las escuelas hicieron inmediatamente hablar de sí, sobre todo por las anticipaciones pedagógicas que experimentaron.

La primera, y quizás la más interesante y revolucionaria, tiene relación con la enseñanza de la lectura. A pesar que nos parezca hoy incomprensible, en esta época estaba universalmente de moda el hecho de enseñar a leer con libros en latín. Su uso reapareció en el medioevo, cuando el idioma francés estaba aún en formación, y sobrevivió en el siglo xvii porque la mayor parte de los alumnos a los que se enseñaba a leer estaban también destinados a aprender latín, y a menudo también a hablarlo, ya que era considerado el idioma de la cultura. Un texto fundamental destinado a profesores y preceptores explicaba que el latín estaba en la base del francés; tenía las mismas sílabas, conservaba la estructu-

<sup>6</sup> Cf. Grosperin, p. 7.

ra: el maestro, sostenía el autor de este libro, veía facilitada su tarea evitando a los alumnos la lectura contemporánea en los dos idiomas y limitándose al latín<sup>7</sup>. A pesar de lo discutible y duro de procedimiento, logró sobrevivir largo tiempo.

El problema fue abordado por los profesores de Port-Royal des Champs, quienes partieron de un axioma según el cual en pedagogía el esfuerzo de aprendizaje debe ir de lo conocido a lo desconocido, cosa que no ocurría en la enseñanza de la lectura a los niños: no sólo no conocían el latín, tampoco tenían la posibilidad de oír en su familia alguien que hablara ese idioma.

Profundizando en este uso de los educadores de Port-Royal, Thomas Guyot, se preguntaba si no habría sido más «natural» usar aquello que los muchachos sabían (el francés) para enseñarles lo que debían aprender aún (la lectura). Después de todo, explicaba, los niños conocen ya una infinidad de palabras francesas y esto facilitaría las cosas a ellos y a los profesores. Esta intuición fue brillantemente explicada por Comenius —que fue considerado el fundador de la pedagogía moderna— cuando escribió que «enseñar el latín antes que el idioma materno equivale a querer subirse a un caballo antes de saber caminar»<sup>8</sup>. A nosotros esto nos parece obvio, pero los maestros de Port-Royal descubrieron pronto lo difícil que era conducir a los contemporáneos a aceptar un nuevo método.

## EL MÉTODO DE PASCAL

Los educadores de Port-Royal llegaron aún más lejos: si el aprendizaje de la lectura partiendo del latín requería meses y meses de agotadora aplicación (aún a finales de siglo había algunas escuelas a las que asistían de 3 a 4 años para aprender a leer bien letra imprenta, textos manuscritos y autos notariales...), particularmente difícil resultaba a los niños asociar consonantes y vocales. Se discutió mucho este problema y se pidió incluso la ayuda de Pascal. Fue él quien propuso la solución en una carta enviada a la hermana Jaqueline, que era monja del monasterio de Port-Royal de París<sup>9</sup>. Partiendo de su sugerencia dos profesores de las Escuelas elementales, Claude Lancelot y Antoine Arnauld, elaboraron (naturalmente en francés) una «gramática general» en la que ilustraron detalladamente aquello que un día sería llamado «método global». «Una nueva manera para aprender a leer fácilmente en todos los idiomas»<sup>10</sup>.

<sup>7</sup> Jacques De Bathencourt, *L'Escole paroissiale ou la manière de bien instruire les enfants dans les petites ecoles par un prêtre d'une paroisse de Paris*, Targa, París, 1654, citado por Delforge, pp. 157 y 288.

<sup>8</sup> Su Comenius cf. Delforge, p. 289.

<sup>9</sup> La carta de Blaise Pascal se encuentra perdida, pero se conoce la respuesta de Jaqueline, con fecha 26 de octubre 1655, que habla largamente del proyecto ideado por su hermano.

<sup>10</sup> Vid. capítulo VI de la primera parte en la *Grammaire générale et raisonnée* (1660).

Si bien la experiencia de Port-Royal demostró que el método funcionaba y que se aprendía a leer mucho más rápido y con menos esfuerzo, la resistencia fue tal que se continuó aun durante mucho tiempo según las formas tradicionales. A fines de siglo, en 1698 Juan Bautista de la Salle encendió el debate proponiendo enseñar a leer partiendo del francés y publicando para esto un *Syllabaire francais*. Se renovaron las oposiciones de medio siglo atrás en Port-Royal, o sea que era más fácil aprender a leer en latín porque en este idioma cada letra corresponde a un sonido, mientras en francés algunas letras se escriben pero no se pronuncian<sup>11</sup>.

Permítaseme una observación a este respecto. Según las investigaciones de la estudiosa francesa Martine Sonet, en las escuelas femeninas fueron más solícitas, si bien es cierto que «el nuevo método introducido en Port-Royal en 1650, que consistía en comenzar el aprendizaje de la lectura con textos franceses y no latinos, se difundía ampliamente. Fue el triunfo de la lógica frente a una situación de urgencia; en escuelas donde los niños pasan sólo un período limitado, la lectura se hace sólo en lengua materna». Verdad es lo que explica Sonet, «para los niños la lectura es en primer lugar un instrumento al servicio de la instrucción religiosa, un elemento que se agrega y que apoyará el mensaje cristiano transmitido de madres a hijos.» Y es verdad también que «ella suple a los de mala memoria impidiendo que los versos de las oraciones sean recordados de manera deformada». Esto parece estar confirmado en el hecho de que —termina la estudiosa— «fuera de estas implicaciones que a la lectura toma para los niños un aspecto inquietante a los ojos de los educadores, que continuamente invitan a cuidarse de sus posibles peligros.» En efecto «el libro, bondadoso objeto que puede transformarse en licencioso cuando asume la forma de romance, penetra en la escuela o en el convento bajo rígida vigilancia<sup>12</sup>.»

En muchas escuelas masculinas el método propuesto por Pascal encontró a menudo resistencias muy fuertes. Aún a cien años de distancia de la experiencia de Port-Royal, hacia la mitad del Setecientos, los muchachos franceses seguían siendo atormentados con el viejo sistema. Restif de la Bretonne habría escrito: «Estaba limitado a silabear el *Pater* con el viejo sistema, haciendo preceder la mayor parte de las consonantes por una vocal que la desnaturaliza. Deletreaba *noster* y decía *enneoeseteerre*: lloraba creyendo que se burlaban de mí pretendiendo que pronunciara *noster*»<sup>13</sup>. En Port-Royal des Champs no se dejaron desanimar, incluso se plantearon un nuevo problema: si los alumnos de-

<sup>11</sup> Cf. Groperrin, pp. 83-85: «Latin ou français».

<sup>12</sup> Martine Sonnet, *L'éducation des filles au temps des Lumières*. Préface de Daniel Roche, Cerf, Paris, 1987, pp. 240-251, y *L'éducation des filles à Paris au XVIII<sup>e</sup> siècle: finalités et enjeux*, in *Problèmes d'histoire de l'éducation*. Actes des séminaires de l'École française de Rome, 104, École française de Rome, ivi, 1988, pp. 64-67 (sobre el tema: «Lire, écrire, compter»).

<sup>13</sup> Cf. Emmanuel Le Roy Ladurie, *Ethnographie rurale du XVIII<sup>e</sup> siècle: Restif à la Bretonne*, in «Ethnologie française» n.º 3-4 (1972); François Furet-Jacques Ozouf, *Lire et écrire. L'alphabetisation des français de Calvin à Jules Ferry*, I, Éditions de Minuit, Paris, 1977, p. 95.

bían aprender a leer partiendo del francés ¿qué libro se debía poner en sus manos? Habría sido difícil hallar un libro francés adecuado a ellos y se optó por traducciones de libros latinos; traducciones que proveyeron ellos mismos, como las Fábulas de Fedro y las Bucólicas de Virgilio y muchas otras. Entre otras cosas se descubrió que el conocimiento de dichas traducciones habría facilitado el trabajo con textos en latín; volveremos luego sobre esto.

## APRENDER A ESCRIBIR

Junto a la enseñanza de la lectura se ubicaba, si bien no siempre, la enseñanza de la escritura. No era necesario, en muchos casos, que quien había aprendido a leer aprendiera también a escribir, si bien hoy están indiscutiblemente unidas. En el siglo XVII aprender a escribir no era asunto para todos, incluso el maestro que enseñaba a deletrear no siempre estaba habilitado para enseñar escritura. La mayor parte de las escuelas parroquiales de la ciudad o repartidas por el campo, no estaban siquiera capacitadas para hacerlo: se necesitaba por ejemplo el papel (no siempre disponible), se necesitaban al menos dos plumas al día para cada alumno. Las mejores eran las de ganso y de cisne, también servían las de pollo, pato y cuervo; todas debían ser previamente desengrasadas en la ceniza caliente de una chimenea. Había que disponer de un cortaplumas para hacer la punta cada vez que era necesario y esta era una tarea muy delicada, reservada sólo para el maestro; se requería también cenizas o arena para secar la tinta.

Fabricar la tinta no era fácil. El estudioso Bernard Groperrin cita una receta de Saboya: «poner en infusión una libra de nueces molidas en dos vasos de vino blanco durante 48 horas manteniéndolas sobre ceniza caliente, luego de filtrar, agregar goma de Arabia y una onza de vitriolo romano, mezclar manteniendo el recipiente sobre la ceniza caliente. Dejar reposar la infusión antes de usarla después de haber vaciado un poco en un tintero de plomo o de cuerno»<sup>14</sup>.

Se necesitaba una sala bien iluminada, con bancos adecuados. Solamente las escuelas ricas podían permitirse todo esto y el maestro no podía comenzar su trabajo antes de haber enseñando la posición correcta del cuerpo, de la mano y los dedos. Un texto de ortopedia del siglo XVIII recalca que durante mucho tiempo esta fue la única ocasión en que la escuela parecía tener motivos para ocuparse de la educación física de los escolares y de su formación corporal y gestual<sup>15</sup>.

<sup>14</sup> Groperrin, pp. 93-96: «la difficulté d'écrire».

<sup>15</sup> Nicolas Andry de Boisregard (1658-1752), *Orthopédie, ou l'art de prévenir et de corriger dans les enfants les difformités du corps* (1741), citado por Groperrin, p. 95.

## LA PLUMA DE COBRE

Los educadores de Port-Royal afrontaron tales problemas que la enseñanza de la escritura implicaba: impartiendo simultáneamente los dos aprendizajes, se evitaba que los niños se aburrieran. Los maestros de las escuelas introdujeron una novedad de carácter técnico pero muy secundaria: reemplazaron la pluma de ganso por una de metal. Incluso esta anticipación tardó en ser aplicada por las otras escuelas. A fines del siglo, algunas décadas después que estas escuelas habían sido suprimidas, Nicolás Fontaine (que había sido profesor en ellas) pidió algunas plumas de cobre a unas monjas del monasterio de Port-Royal de París, donde funcionaba una escuela dedicada a los jóvenes. Este dato indica que, pasados 30 años de que fueran suprimidas estas escuelas, las plumas metálicas eran aún exclusivas de Port-Royal de París, que las usaba en la escuela femenina, frecuentada por niñas de familias adineradas. Frédéric Delforge plantea la hipótesis que las plumas metálicas serían demasiado caras como para generalizar su uso. Mucho después, para los niños del siglo XIX (con más de 150 años de retraso) la pluma metálica fue de uso corriente<sup>16</sup>.

El uso de la pluma metálica mejoraba la escritura ya que los profesores de Port-Royal des Champs podían recomendar a los escolares que leyeran con ella en la mano, manteniendo a su lado un borrador, sobre el que debían copiar de inmediato ciertos pasajes del texto que estaban leyendo, de modo de asegurarse la consulta rápida. Esta manera de trabajar que se hizo un hábito para los estudiantes de estas escuelas, obligaba al lector a prestar la mayor atención posible en la lectura (los estudiantes debían anatomizar el texto, explica uno de los maestros) y Pierre Coustel agrega que este método permitía a los alumnos dotarse definitivamente de una verdadera y propia *petite bibliothèque portetife*, una pequeña biblioteca de bolsillo, personal y de fácil consulta. Racine conservó su propio borrador y los llevó con él siempre, dejando escrito que le había sido de gran provecho.

## LAS MATERIAS DE ESTUDIO

La elección de las materias de estudio estaba dada por la necesidad de otorgar a los alumnos nociones de geografía, cronología, matemática, dibujo, historia, retórica, filosofía y ciencias eclesiásticas (o teología). El ya mencionado Pierre Coustel catalogó este programa de estudio como el más adecuado para leer sin dificultad, cuando quisieran cualquier tipo de libro, de cualquier argumento, con la idea de ayudar al joven a establecer sus preferencias y su propia vocación intelectual.

<sup>16</sup> Delforge, p. 293.

Es importante señalar que, a diferencia de lo que recordamos de nuestras propias experiencias escolares, en estos años —mitad del siglo xvii— los alumnos no estaban aún divididos en cursos. Las escuelas pobres consistían en una sola sala en la que se mezclaban alumnos de todas las edades; las más organizadas tenían varias salas pero el método no cambiaba. El profesor estaba sentado en su mesa y los alumnos se acercaban uno a uno para ser escuchados al leer o repetir de memoria. En algunas escuela se exigía que el profesor interrogase individualmente a cada alumno cuatro veces al día. La idea de una enseñanza en grupo o individual y en clases separadas por edad y nivel de instrucción nacería más tarde en el Setecientos. También en Port-Royal se seguía este método con la diferencia que cada maestro debía atender a un grupo de 4, 5 ó máximo 6 alumnos, en tanto se tienen noticias de cursos que podían aceptar 30 e incluso 60 alumnos, de edad variable entre 5 y 14 años. Sólo algunas materias se enseñaban en forma acumulativa.

Tratemos de hacernos una idea más precisa de las materias que se enseñaban en Port-Royal. Por el término *matemáticas* se entendía aritmética, geometría, álgebra y ciencias relacionadas como la óptica, astronomía, perspectiva, mecánica, hidráulica, topografía, agrimensura e incluso el arte de construir fortalezas. Solamente algunos alumnos —los más interesados— se dedicaban al estudio de estas materias, si bien el ambiente los había convertido en particularmente atractivos, vistos los frutos científicos del siglo. También otros institutos, como los de los jesuitas, habían tomado conciencia del momento en que en las escuelas de la compañía se había decidido por ejemplo desde 1635, a liberar las matemáticas de la esclavitud del latín, y de hecho esta fue la primera materia en la cual el francés sustituyó rápidamente al tradicional latín.

En Port-Royal des Champs se dedicaron a dar a los conceptos un nuevo orden con el objetivo de hacerlos más accesibles a los alumnos. El resultado práctico fue *Nuevos elementos de geometría*, el libro que Antoine Arnauld elaboró en un arduo trabajo con Pascal y que sería publicado sólo después de la supresión de la Pequeña escuela<sup>17</sup>.

## LA PREEMINENCIA DEL FRANCÉS

Uno de los más brillantes alumno de las Pequeñas escuelas de Port-Royal des Champs, Sebastian Le Nain de Tillemont, que unió su nombre a dos obras monumentales sobre la historia de la Iglesia durante los primeros siglos (y que fue uno de los pocos sacerdotes salidos del «seminario» fundado por el abate Saint-Cyran), narraría un día el haber «mamado la piedad» en Port-Royal

<sup>17</sup> Antoine Arnauld, *Nouveaux éléments de géométrie*, París, 1667; cf. Delforge, pp. 316, 336. Sobre la enseñanza de las matemáticas y, en general de las ciencias, en los colegios de los jesuitas en Francia cf. François de Dainville, *L'éducation des jésuites (XVIIe-XVIIIe siècles)*, Éditions de Minuit, París, 1978, pp. 309-470.

des Champs «estudiando los idiomas». Y entre los idiomas extranjeros los maestros de las Pequeñas escuelas incluían el latín, diferenciándose de las otras instituciones escolares, empezando por los colegios de los Jesuitas donde se le consideraba aún una lengua viva, con el pretexto de que era el idioma oficial de la cultura. Anticipando en cambio una verdadera revolución, los maestros de Port-Royal que atribuyeron la supremacía al francés, o sea a la lengua materna, tomaron por primera vez al latín como una lengua muerta, o por lo menos extranjera, una distinción no poco importante.

Enseñar el latín —al estilo de los humanistas del renacimiento— como idioma vivo, significaba reservarlo a una pequeña elite de estudiantes. Era necesario sin duda, tener a su disposición profesores (o mejor: preceptores) que debían dirigirse a los alumnos sólo en latín, obligándolos a conversar en este idioma. Era, en definitiva, un sistema que mantenía vivo el latín artificialmente. La experiencia enseñaba que el método podía tener éxito: es célebre el caso de Montaigne que ya a los siete u ocho años hablaba correctamente el latín. Pero había también contraindicaciones, partiendo del hecho de que el método podía ser aplicado sólo en la instrucción privada, ya que en la escuela pública (como aquella de los colegios) era imposible porque los alumnos, que se expresaban comúnmente en lengua materna, terminaban teniendo una fría relación con el latín y sus clásicos.

El problema de la lengua materna era muy complicado, y es importante hacer hincapié en esto. Toda la Europa del siglo xvii (también Francia) usaba una cantidad increíble de dialectos y ninguna nación tenía un idioma nacional. En Francia, a mediados del Quinientos, un decreto real trató de atribuir esta calificación a la lengua d'oïl que después fue usada por los magistrados de las cortes de justicia, pero la iniciativa no tuvo mucho éxito. Al cimentarse las estructuras del estado moderno el problema de la unificación lingüística se tornó gravísimo: era necesaria una lengua uniforme hablada por todos. Tenían necesidad los funcionarios para ser comprendidos en cada rincón del país, los agentes del fisco para imponer y exigir los impuestos, los curas para predicar el evangelio, los mercaderes para sus negocios. En 1668 (8 años después de la supresión de las Escuelas elementales) Luis XIV instituyó el *Collège des quatre nations* que debía instruir en francés a los hijos de la pequeña nobleza del nordeste y del sudeste de Francia donde las diferencias lingüísticas fomentaban un peligroso separatismo. Después de todo la lengua francesa había adquirido una perfección literaria, especialmente con Descartes y con Corneille.

Será Claude Lancelot quien afrontará por primera vez el problema, en el plano didáctico, redactando para los alumnos de estas escuelas la primera gramática latina escrita en francés —¡además en verso!— de manera que permitiera memorizar las reglas con menos esfuerzo. El texto tuvo notable éxito y sirvió para el aprendizaje del latín a muchas generaciones de estudiantes, entre ellos a Luis XIV y al adolescente Rousseau el cual, sin embargo, confesó haber obtenido poco provecho.

Señala Pietro Stella, el más profundo conocedor del jansenismo italiano, que el «Compendio del nuovo metodo per apprendere la lingua latina», se usó en las reales escuelas del Piamonte en el período de la restauración y que Francesco de Sanctis, el mayor historiador del ochocientos de la literatura italiana, (nacido en el 1817) había aprendido el latín en «Portoreale». El nuevo método fue reimpresso en Nápoles en 1848. Perduraron además, —concluye Pietro Stella— estos textos en los cuales estaba claro el carácter innovador en el campo didáctico», si bien, «era menos explícita la inspiración religiosa del jansenismo y más favorable la transición, dentro de los marcos de una cultura laica moderna, potencialmente post-cristiana»<sup>18</sup>.

Port-Royal consideró fundamental para el aprendizaje del latín la traducción escrita y oral de los clásicos y recomendó a sus alumnos, no permanentemente fieles a los autores de una manera en cierta forma pedante, esforzarse por interpretar el texto como si lo hubiesen leído en el francés de «Regole per l'educazione dei giovani». Thomas Guyot, gran traductor de Cicerón y de Virgilio, explicó: «no debo hacer hablar a Ciceron como ha hablado en su tiempo, es decir que lo haga hablar en latín usando términos franceses. Es necesario que aquellos que me leerán, gracias a las traducciones, capten el verdadero sentido de sus palabras, siempre que la ignorancia de la lengua no les impida a ellos la entrada»<sup>19</sup>. Fue tanta la importancia que los maestros de Port-Royal atribuyeron a una traducción, que es posible entender la letra, el espíritu y la cultura latina gracias al esfuerzo personal de muchos de ellos al traducir gran cantidad de estas obras. Si a finales del Setecientos, los protagonistas de la revolución mostraron gran familiaridad con la historia y con la mentalidad romana, el mérito deberá ser atribuido también a este trabajo. Del resto, la entusiasta valoración que a dos siglos de distancia dio Stendhal, como se dijo anteriormente, da a estas traducciones un innegable reconocimiento de su valor.

La toma de posición respecto a la enseñanza del latín, agregó otros motivos de polémica que los adversarios de las Pequeñas escuelas se apresuraron aprovechar, pero está claro que la gramática escrita en francés por Lancelot tuvo tal éxito que tuvieron que publicar muchas ediciones rápidamente; también las otras escuelas, bien o mal tuvieron que adecuarse y aceptar un nuevo método de enseñanza que tenía el gran mérito de colocar, lentamente pero sin incertidumbre, la lengua nacional en el puesto privilegiado que merecía.

Después del latín, en Port-Royal comenzaron a preocuparse del griego y desde luego del hebreo —ni los jesuitas ni los oradores parecían aprender el griego antiguo—, dos lenguas que estaban reservadas para los alumnos parti-

<sup>18</sup> Pietro Stella, *Giansenismo*, in *Dizionario di scienze dell'educazione*, LDC —LAS— SEI, 1997, Torino, pp. 469-471.

<sup>19</sup> «Il suffit que je ne fasse rien penser à Ciceron que ce qu'il a pensé, mais il ne faut pas que je le fasse parler comme il a parlé, c'est-à-dire que je le fasse parler latin avec des termes français; il faut que ceux qui me liront puissent, grâce à la traduction, entrer dans son sens, quoique l'ignorance de la langue leur en ferme l'entrée», citado por Delforge, pp. 300-301.

cularmente brillante y motivados. Por otra parte es necesario tener presente que los libros clásicos —diccionarios gramaticales y en general las obras de carácter filosófico— estaban todos rigurosamente redactados en latín y esto descorazonaba a muchos estudiantes. En Port-Royal se limitaron en un principio a estudiar los textos griegos y hebreos en la traducción latina, después Pierre Lancelot publicó también una gramática griega en francés manteniendo la oportunidad de poner a disposición de los estudiosos los textos griegos como ya había sucedido en el Quinientos. Saber griego creaba sospechas ya que se deducía en el estudioso la intención de releer con espíritu crítico la versión latina de la Biblia —la Vulgata— creada por San Jerónimo y que el Concilio de Trento había aprobado como la única entre varias traducciones latinas. Esta iniciativa personalista provocó muchas críticas y se creó un neologismo para llamar peyorativamente a los autores del estudio del griego, los «helenistas»<sup>20</sup>. Lancelot defendió su punto de vista sosteniendo que no se podían ignorar en lengua original las grandes obras de los filósofos, de los historiadores y de los poetas griegos, así como no se podía dejar de leer en la lengua en que habían sido escritas las obras de los Padres de la Iglesia, desde San Juan Crisóstomo a San Basilio. «Publicar buenas traducciones de textos originales griegos —proclamó Lancelot— significaría hacer un gran bien al reino de Francia».

La polémica se reactivó cuando los Solitarios sostuvieron, siguiendo las recomendaciones de Saint-Cyran, que para estudiar bien la Biblia era necesario también un buen conocimiento del hebreo, que Pierre Coustel consideraba (para usar su expresión) «La más antigua del mundo», aquella «que utilizó Dios para hablar con Adán y Eva y la lengua de los Patriarcas hasta la división de las lenguas, es decir, la Torre de Babel»<sup>21</sup>. Si el estudio del griego despertaba sospecha, el del hebreo agitaba los fantasmas de la herejía y evocaba peligrosamente las sombras de Lutero y de Calvino. Por lo tanto la reflexión de Coustel era inaceptable: acostumbrado a ello hizo una gramática hebrea redactada en francés.

Todo lo dicho confirma que las Pequeñas escuelas de Port-Royal tenían muy poco de las tradicionales instituciones destinadas a enseñar a leer y escribir, pues sus rasgos se acercaban más a las instituciones que preparaban a los estudiantes para los estudios universitarios. Más allá de las innovaciones pedagógicas y más allá del programa de estudio, lo que caracterizó a la institución y le confirió un sello irrepetible fue la profunda espiritualidad que cada educador inspiraba al ejecutar su propia misión. Sin ella ciertamente, los Solitarios y los maestros no habrían alcanzado a asegurar la seriedad de los estudios, ni el tipo de educación que otorgaba a los alumnos una madurez inconfundible.

<sup>20</sup> El término se encuentra en el título de un opúsculo polémico del docto jesuita Philippe Labbe, que acusaba a Lancelot de plagio: *Les étymologies de plusieurs mots français, contre les abus de la secte des hellénistes de Port-Royal* (1661); cf. Delforge, p. 304.

<sup>21</sup> «L'hebreu, cette langue est aussi ancienne que le monde. Dieu s'en est servi en parlant à Adam et Ève, comme il est dit dans la Genèse. Les patriarches et tous les hommes s'en sont aussi servis durant l'espace de 1832 ans, c'est-à-dire jusqu'à la division des langues»; cf. Delforge, p. 306.

## EL RESPETO POR LOS ALUMNOS

Los ulteriores elementos de la pedagogía «portorealista» fueron el profundo respeto de los maestros por los respectivos alumnos, la primacía de ellos favoreciendo lo real sobre lo libresco y la exclusión de la atmósfera encarnizadamente competitiva de los escolares. Las otras instituciones escolares de la época consideraban en general la rivalidad como el arma pedagógica suprema, por usar la palabra de un experto, Bernard Groperrin. Se creía que sin el estímulo de la competencia los maestros no habrían podido salir adelante ni sacar algo bueno de sus alumnos. Los documentos de los jesuitas hablan siempre de «Santa emulazione» o sea de la competencia que al final lleva al bien, y en general los reglamentos escolares establecían que los alumnos más mercedores debían obtener reconocimientos que los estimulasen sin hacerlos sucumbir en la vanidad. En un tratado que aparece en la primera mitad del siglo XVIII «Ensayo de una escuela cristiana» (*Essai d'une école chrétienne*) se lee que «se necesita en los puestos más honorables a aquellos que hacen lo mejor o a los más aplicados o los más sabios». «La clase y el teatro de una permanente competición se estructuraba como una jerarquía respetada y en movimiento — escribía el historiador Groperrin— continuamente promete los progresos más exaltantes y las degradaciones más humillantes. En los colegios de los jesuitas, por ejemplo, la emulación y la competencia eran consideradas elementos importantes para estimular el empeño de los alumnos por aprender y el entusiasmo por el trabajo, y por último el sentimiento de honor<sup>22</sup>.

Frente a tantos argumentos que apasionaban a los alumnos, el instructor podía organizar un juego-competencia. El ex alumno Pierre Thomas du Fosse recordaría en la vejez ciertas competencias de memorizar en las que el hijo de Arnauld d'Andilly sobresalía porque lograba recitar de memoria cantos enteros de la Eneida sin cometer un solo error: ellos no llegaban más allá de recitar un solo canto cometiendo una decena de errores. Si el juego excitaba demasiado a los niños el profesor debía interrumpirles<sup>23</sup>.

Es difícil para nosotros comprender cómo, en una atmósfera tan rigurosa, los profesores de Port-Royal alcanzaban a darse cuenta de las necesidades reales de sus alumnos: aquello de imitar, aquello de jugar, aquello de buscar para saber. Sin embargo los testimonios concuerdan en asegurar que los alumnos de Port-Royal des Champs se sentían siempre tratados con gran respeto aún cuando no provenían de familias de altas rentas: los educadores respetaban la autonomía de las personalidades individuales y en cada caso le insistían al alumno que en su vida todo debía depender de Dios y que su libertad consistía en la posibilidad que ellos tenían de escoger entre el bien y el mal, en aceptar o recha-

<sup>22</sup> Groperrin, pp. 107-109: «L'émulation, arme pédagogique suprême»; Delforge, p. 168-171: «L'émulation».

<sup>23</sup> Delforge, p. 322.

zar la voluntad de Dios así como se escoge entre la vida y la muerte, que es como decir entre Dios y el diablo. La verdadera disciplina consistía en la práctica de aprender a vivir desde temprana edad sobre la base de estas alternativas, ejercitándose continuamente en elegir con seguridad el camino justo.

En las escuelas los castigos deberían ser aplicados solamente en caso de absoluta necesidad y también esta circunstancia puede ser incluida entre las diferencias que las distinguieron del sistema pedagógico vigente. Saint-Cyran había pensado que era preferible apoyarse sobre el convencimiento y sobre la razón más que sobre las varas. Fue una época en la cual los castigos corporales se hacían parte del método educativo, esta no era una diferencia leve<sup>24</sup>.

En un «Reglamento para las escuelas» de Lión fechado en 1688 está escrito explícitamente que el material básico con el cual cada escuela tenía que disponer comprendía un látigo. No sabemos si en Port-Royal los habría pero es cierto que en los casos de faltas leves (una mentira quizás o una inoportuna risotada) se aconsejaba a los maestros tener paciencia y dedicar cada esfuerzo para convencer a las «pequeñas almas» a mejorarse para transformarse en verdaderos discípulos de Cristo. En caso de reincidir, cuando el muchacho dejaba entender que no quería mejorar de verdad y de no querer resistirse a las tentaciones se le expulsaba irremediabilmente<sup>25</sup>.

## LA VIDA COTIDIANA

Visto desde nuestro ángulo, las escuelas de Port-Royal eran instituciones que exigían un gran esfuerzo por parte de los alumnos, si bien varias innovaciones pedagógicas les aliviaban la tarea. Veamos rápidamente cómo era su «vida cotidiana»<sup>26</sup>. Cada «curso», formado por un grupo de 4 a 6 alumnos de variada edad, hacían una vida propia: tenían una habitación donde el grupo reposaba bajo la mirada vigilante del instructor, y una sala donde estudiaban y recibían las lecciones. Desde su cama el instructor tenía a la vista los lechos de sus alumnos, y desde su banco vigilaba su trabajo. El despertador sonaba a las 5.30 y cada uno debía vestirse por sí solo, debiendo el más grande ayudar a los más pequeños. De inmediato se recitaba una plegaria, luego se comenzaba a estudiar.

A las 7.00 de la mañana se tomaba el desayuno en el refectorio común, donde cada «curso» tenía una mesa a cargo de la cual estaba el maestro; seguía un momento de reposo, y luego cada grupo volvía a su sala y se quedaban estudiando hasta las 11.00. cuando toda la comunidad volvía al refectorio para el

<sup>24</sup> Delforge, pp. 167-168.

<sup>25</sup> Delforge, p. 167.

<sup>26</sup> Delforge, pp. 157-171: «La vie quotidienne».

almuerzo. Cada grupo se sentaba alrededor de su propia mesa y era el mismo maestro quien servía la comida a cada uno de sus muchachos. Se almorzaba en silencio escuchando la lectura de un libro devoto, a menudo el mismo evangelio. Finalmente concedían a los alumnos una hora de recreación al aire libre y esa era la primera ocasión que los chicos tenían para estirar las piernas. En Port-Royal des Champs había mucho espacio a su disposición, pero los integrantes de cada grupo no podían alejarse sin permiso del instructor.

A la una de la tarde toda la comunidad era recogida en la sala común para una lección igual para todos de historia o de geografía, en días alternos. Al finalizar esta lección cada «curso» volvía a su propia sala de estudio y era éste, en general, el tiempo en el que cada uno debía estudiar de memoria un trozo de prosa o de poesía, que recitaría al maestro la mañana siguiente antes de la colación. Alrededor de las cuatro estaba la merienda, a la que continuaba el estudio hasta las seis, en que era servida la cena, para ser consumida en silencio, escuchando la habitual lectura devota. Finalmente se concedía a los alumnos una larga recreación, que duraba hasta las ocho, hora en la que cada grupo volvía a su sala de estudio para preparar la lección del día siguiente.

Antes de ir a dormir, a las 9.00, todos recitaban en la capilla una plegaria en común; oración en la que participaban alumnos, profesores y domésticos. La misa del domingo se escuchaba en la iglesia parroquial, donde luego el superior de la casa hacía el catecismo. En la tarde del domingo, después de la víspera, a los alumnos se les concedía un paseo por el campo.

Distracciones había muy pocas, pero en la memoria de muchos alumnos se encuentra el recuerdo de ciertos Solitarios que dedicaban su tiempo a enseñarles los secretos de la botánica, el arte de la poda y de algunos cultivos. No estaban programadas lecciones de baile, y con el desacuerdo de Racine, los Solitarios no admitían el teatro, que otros institutos, por ejemplo los jesuitas, tenían en gran consideración por ser un instrumento que ejercitaba la retórica, un aprendizaje que ayudaba a desarrollar las ideas, a conversar elegantemente, a adquirir una formación literaria y, en definitiva, a estar en sociedad. Aunque considerando importante la enseñanza de la retórica los Señores de Port-Royal la vieron siempre con desconfianza, partiendo de la base que ésta se ocupa principalmente de valores formales, mientras que ellos enseñaban que «la verdadera elocuencia desprecia a la elocuencia». Ésta era la razón por la que los Solitarios de Port-Royal no querían que sus alumnos se distrajeran con el teatro. Pierre Nicole consideraba a los poetas de teatro y a los romanceros «envenenadores públicos, no de cuerpos sino de almas» y Lancelot logró que la princesa de Conti no permitiera a sus hijos —de los que era preceptor después de la supresión de estas escuelas— atreverse a ver una comedia.

Envuelta en las represalias que nacían de las disputas entre los Solitarios y el probabilismo de los jesuitas, la «Pequeña escuela» no gozó nunca de un largo período de tranquilidad y a menudo fueron obligadas a trasladarse a París, a los graneros de Port-Royal des Champs (les Granges), en Chenay, en Troux.

Algunas veces funcionaron incluso en habitaciones privadas puestas a su disposición por los padres de algún estudiante. Vistas con sospecha, fueron a menudo sometidas a investigaciones por denuncias de alguna autoridad. Se temía en particular que se les diera a los alumnos una educación religiosa no adecuada. No se descubrió nunca nada incorrecto, sin embargo la actividad del grupo suscitaba sospechas entre los jesuitas y la autoridad política. Para nada atemorizados, los Señores y los profesores de Port-Royal continuaron profesando sus propias ideas hasta que las escuelas fueron suprimidas y ellos fueron expulsados. Sus libros continuaron publicándose, aunque para ello se necesitase del permiso de la autoridad.

Los *Nouveaux éléments de géométrie* de Antoine Arnauld, por ejemplo, salieron a la luz seis años después de la supresión y cuatro años más tarde fue publicado el *Traité sur l'éducation d'un prince*, de Pierre Nicole. Los fragmentos de *L'esprit géométrique* y de *L'art de persuader* de Pascal salieron a la luz en 1728 y el último libro de Arnauld apareció apenas nueve años antes de la toma de la Bastilla.

La verdad es que Port-Royal escribió y tradujo mucho y esto no se explica solamente por el hecho de que los Solitarios tuviesen buenas relaciones con el campo editorial y tipográfico. Una de sus obras más prestigiosas, *La logique ou l'art de penser*, conocido también como *La Logique de Port-Royal*, fruto de la colaboración entre Antoine Arnauld y Pierre Nicole, fue publicado por primera vez justamente al día siguiente de la supresión: tuvo cinco ediciones en los tres años siguientes y se benefició del «privilegio real». El texto había sido escrito inicialmente como una síntesis destinada a los estudiantes, que hasta ese momento habían estado obligados a estudiar pesados tomos en latín: apenas salió a la luz se impuso como una de las obras fundamentales del siglo XVII y tuvo notable influencia también en el siglo siguiente. Es cierto que su suerte fue facilitada por el hecho de que era fruto de la experiencia práctica que el autor había logrado y sobre todo porque estaba redactada en francés. Así como ocurrió con el *Discours de la méthode* de Descartes, se benefició de las posibilidades de difusión que éste le aseguró.

## LOS MOTIVOS DE LA SUPRESIÓN

Es necesario, antes de terminar, dedicar algunas palabras para intentar aclarar el motivo real de la supresión de las «Pequeñas escuelas». En primer lugar hay que precisar que la aversión de los jesuitas por los Solitarios de Port-Royal des Champs fue haciéndose cada vez más profunda a medida que la controversia entre jansenismo y molinismo —por muchos versos muy aburrido— involucró, siempre a partir de apremiantes solicitudes de la Compañía de Jesús, también a la autoridad de Roma. Por otra parte los jesuitas franceses tenían la posibilidad de movilizar a París las mayores autoridades políticas gracias a los

puestos de responsabilidad que algunos de sus miembros ocupaban. Para dar un ejemplo se puede recordar que el confesor de Luis XIV era un jesuita de quien el joven rey, cuya vida privada dejaba mucho que desear desde el punto de vista de la moral, necesitaba comprensión y «manga ancha». Entre los argumentos a los que los jesuitas recurrían con éxito estaba la llamada de atención sobre el riesgo de que la elite filojansenista pudiese inspirar actitudes que recordaban la Fronda. Se debe tener presente el hecho de que haciendo presión en la audiencia que tenían en la Corte y en los ambientes de gobierno, los jesuitas no dejaron nunca reclamar los posibles aspectos políticos que según los adversarios podían acelerarse luego de las controversias teológicas en las que estaban empeñados en defensa de la uniformidad de la doctrina, pero también por el bien del reino.

Pero no estando personalmente relacionado con la controversia como le había sucedido a Richelieu a propósito de la atrición, el primer ministro cardenal Mazzarino había seguido la política calificándose como sostenedor de las preocupaciones jesuitas. Y fue justamente cediendo a la insistencia de la Compañía que favoreció la convocatoria de una asamblea del clero en donde se presentó la petición que solicitó la condena por parte de Roma de las propuestas más controvertidas atribuidas a Jansen. Por otra parte fueron los Solitarios de Port-Royal quienes guiaron la oposición y se confirmaron así como el centro de la disidencia jansenista.

No pudiendo contar con apoyos propios, los Solitarios de Port-Royal des Champs confiaron en la publicidad: a partir del 1656 comenzaron a difundir una serie de cartas muy polémicas con las que atacaron públicamente la moral de los jesuitas, acusándola de débil. A pesar de firmar con un seudónimo todos sabían que el autor era Pascal.

Las cartas que aparecieron en un par de años y que fueron un total de dieciocho, eran largas misivas que se fingían escritas por un parisino a un amigo suyo que vivía en la provincia y que sabía nada o casi nada de las cuestiones que agitaban a la capital referidas a asuntos morales. El éxito fue clamoroso y creció carta tras carta. El primer efecto de la publicación fue sacar a la luz la controversia, la que hasta ese momento se había mantenido en el encierro de las Universidades, sacristías y antecámaras de la Corte. Ahora participaba toda Francia y la gente esperaba los escritos con ansia. Los jesuitas trataron de bloquear la ofensiva pero no lo lograron porque las relaciones de los Solitarios con el ambiente editorial eran muy estrechas y porque, al parecer, Pascal se valía de la protección del ministro de finanzas Fouquet, en competencia personal con Mazzarino y sobre todo con Colbert.

En un reciente libro dedicado a la historia de la Compañía, un jesuita italiano, Guido Somnavilla (colaborador de «Civittá Catolica» y traductor de Urs von Balthazar), cita el punto de discordia con el que sus compañeros franceses se encuentran leyendo las *Lettres provinciales*. Escribe: «El problema para los jesuitas es que las cartas son un importante trabajo de ironía dramática y de prosa francesa clásica. Como tales, crean con los máximos carismas del arte un

personaje vivo y muy “real” para la fantasía del lector. Este jesuita pascaliano supera al Tartufo de Molière»<sup>27</sup>.

¿Estas cartas aceleraron el fin de los Solitarios y de sus «Pequeñas escuelas»? Tal como algunos Señores de Port-Royal habían temido, considerando los ataques de Pascal excesivos y demasiado directos, pareciera que sí. Según Frédéric ya citado, autor de la más reciente y profunda investigación al respecto, los jesuitas estaban decididos a la ofensiva final, mientras aún las *Lettres provinciales* despertaban comentarios en toda Francia, pero fueron obligados a dar marcha atrás a causa de un incidente. El día de Navidad de 1657 en el colegio Jesuita de Clermont el joven de 14 años Alphonse Mancini se hirió gravemente en la cabeza mientras jugaba con sus compañeros en el recreo. El adolescente era el nieto favorito de Mazzarino, quien vislumbraba para él un futuro brillante y del que se esperaba que hubiese renovado la situación familiar. Mal atendido, el joven murió a los pocos días y el poderoso cardenal no dejó de señalar a los jesuitas como responsables de la desgracia. Incluso dejó de apoyarlos. A causa de esto los padres de la Compañía se vieron obligados a atenuar sus insistencias sobre el cierre de las escuelas, pero fue sólo cuestión de tiempo.

El 12 de mayo de 1660 el procurador del rey en Châtelet procedió con discreción pero con mucha decisión para dar curso a una orden que requería la firma de Luis XIV: las escuelas elementales debían considerarse definitivamente suprimidas y los jóvenes alumnos ser devueltos a sus familias. Quien pudo trató de salvarse, los alumnos fueron escondidos por familias amigas, pero la policía los encontró sin demora. Los Solitarios fueron intimidados, el director de Port-Royal, nombrado por Saint-Cyran, fue alejado y reemplazado.

## EL ROL DE LUIS XIV

Un año después Mazzarino moría y el mismo día Luis XIV inauguró su propio gobierno. A casi medio siglo de distancia el Rey Sol ordenó que los venerables muros de la antigua abadía de Port-Royal fueran derrumbados.

Esta versión de los hechos que atribuye toda la responsabilidad a la Compañía de Jesús no toma en cuenta todos los componentes de la historia. En realidad si los jesuitas lograron (o al menos creyeron que lograrían) su intento de obtener del rey el decreto de supresión de las «Pequeñas escuelas» fue debido al hecho de que sus intereses y temores coincidían exactamente con los del soberano.

Si para la Compañía los Señores de Port-Royal se habían transformado — especialmente después de las *Provinciales*— en los adversarios que debían

<sup>27</sup> Guido Somnavilla, *La Compagnia di Gesù da sant' Ignazio a oggi*, Milano, Rizzoli, 1985, p. 137.

reducir al silencio o por lo menos lograr que no los perjudicaran, ni siquiera Luis XIV se podía permitir consentirles fomentar la polémica que parecía su alimento por naturaleza. El hecho es que «l'affaire giansenista», como escribe una estudiosa, «no será un elemento accesorio de su política, pero constituirá un componente integrante». Cuando, después de la muerte de Mazzarino, el rey decidió inaugurar su propio gobierno personal con el intento de ejercer el poder absoluto, padeció dos experiencias que lo marcaron para toda la vida: siguió con dolor el desarrollo de la revolución inglesa que proclamó una república y significó la decapitación del rey, y aquella de la insurrección de la Fronda y de la guerra civil, que llevó a Francia al borde del abismo con la resistencia de la alta nobleza y del parlamento de París, infringiendo a él mismo una ardiente humillación.

Luis XIV se transformó en adulto llevando dentro de sí estos dos recuerdos y junto al «temor de la influencia de un grupo tan unido y susceptible de convertirse en facción». Los Solitarios de Port-Royal, con sus relaciones influyentes y con sus lazos tan estrechos con la burguesía parlamentaria, eran a sus ojos peligrosos como libres pensadores: había madurado una cautelosa desconfianza hacia los centros de opinión parisina, y tal como los jesuitas, se había convencido de que debían ser puestos en posición de no perjudicar.

Si para llevar a cabo este intento se podía aducir el motivo de la solicitud por la uniformidad en la Iglesia de Francia, sobre la cual insistían tanto los jesuitas, esto hacía las cosas aún más fáciles. Lo reconoció el mismo soberano en el memorial preparado para el delfín donde, hablando de «estar exasperado de las controversias» religiosas y «de la animosidad y perspicacia de los ánimos» que las inspiraban, escribió que al inicio de su reino la Iglesia «era amenazada de un cisma por personas mucho más peligrosas en cuanto a que eran potencialmente utilísimas y de grandes méritos, si hubiesen sido ellas mismas menos persuadidas».

La alusión a los jansenistas y sobre todo a los Solitarios de Port-Royal que orquestaban la polémica es explícita. El joven rey no quería correr riesgos. Quien criticaba la moral de la Iglesia y ponía en duda su autoridad, en definitiva, amenazaba la idea misma de la monarquía. Como un día había confesado Richelieu a sus amigos, si Lutero y Calvino hubiesen sido silenciados antes de que empezaran a predicar, se habrían ahorrado muchos problemas a Europa. También él pensaba así.

## NOTA BIBLIOGRÁFICA

El episodio relativo a las «Petites écoles» de Port-Royal forma parte de las vivencias ligadas a la primera parte del movimiento jansenista en Francia y es sobre todo en los textos que profundizan que es posible encontrar signos bastante exhaustivos. La primera reconstrucción fue la realizada por *Charles-Au-*

gustin *Sainte-Beuve* con la monumental obra titulada *Port Royal* disponible en sus tres volúmenes de la parisina edición de la Pléiade. El autor dedica su cuarto libro a las «Pequeñas escuelas» de las cuales reconstruye su historia a partir de la memoria que dejaron sobre el argumento algunos protagonistas de la experiencia y con el análisis de sus obras más significativas. La más completa investigación sobre la historia, organización, pedagogía, maestros y alumnos de las «Pequeñas escuelas» es aquella escrita a más de un siglo de distancia por el pastor *Frédéric Delgorce* —*Les petites écoles de Port-Royal: 1637-1660*, Ed. du Cerf, París, 1985—, que recibe los aportes de numerosos estudiosos dedicados a singulares protagonistas y las de fuentes inéditas conservadas en la *Bibliothèque nationale*, della *Mazarine*, de aquella de la *Société de l'histoire du protestantisme* y de los rincones del archivo de Utrecht. El volumen concluye con la que seguramente es la bibliografía más completa de las fuentes editadas y de los sabios históricos dedicados al jansenismo francés, con referencias en particular al desarrollo del aprendizaje.

Entre los textos más recientes es posible citar tres obras que podrán ser consultadas con particular interés: Bernard Groperrin, *Les petites écoles sous l'Ancien Régime* (Ouest-france, Rennes, 1984) y que trata de la enseñanza primaria en Francia entre el inicio de la edad moderna y a fines del Setecientos; Martine Sonnet, *L'éducation des filles au temps de Lumières* (Cerf, París, 1987) y en fin: R. A. Houston, *Cultura e instruzione nell'Europa moderna* (Ed. Il Mulino, Bologna, 1997), edición italiana de *Literacy in Early Modern Europe. Culture and Education 1500-1800* (Longman, London-New York, 1988) que recorre el itinerario del desarrollo de la alfabetización en varias naciones europeas en la fase de cambio.

Para la historia general del jansenismo un texto clásico es el de Augustin Gazier, *Histoire général du mouvement janseniste depuis ses origines jusq'a nos jours* (París, 1924, 6.ª ed., en dos vol.). De gran interés es también *La vie quotidienne des jansénistes aux XVII<sup>e</sup>. et XVIII<sup>e</sup>. siècles* de René Taveneaux (Hachette, París, 1973). Una síntesis que puede ser consultada útilmente y la edición italiana de Françoise Hildesheimer-Marta Pieroni Francini, *Il gianse-nismo* (San Paolo ed., Cinisello Balsamo, 1994), que contiene también una reconstrucción histórica de las vivencias italianas del movimiento. Dedicada por entero a las vivencias francesas las síntesis de Jean-Pierre Chantin, *Le jansénisme* (Cerf, París, 1996), que dedica particular atención a las así llamadas «permanencias jansenistas» hasta el siglo XIX.